



EL PLANETA
MÁS
BONITO



El planeta más bonito

*A todas las mamás que ,por una u otra
razón ,cuidan solas de sus hijos.*

*A todos los papas que están ahí
(aunque no salgan en el cuento).*

Al pequeño Ricardo

Diseño de la portada: Ricardo Álvarez Alonso

Historia: Nuria Medina Medina

Ilustraciones: Mia Alicia Álvarez Medina y Nuria Medina Medina

© Granada, mayo, 2013

Érase una vez una mamá que cuidaba sola de sus dos hijos: M.A. y R.J. La mamá trabajaba en una churrería y estaba cansada de freír y freír churros. Además, los churros no le gustaban a ninguno de los tres.

Por eso, siempre que acostaba a sus dulces criaturas, justo después de darles el beso de buenas noches,

les susurraba al oído:
“Ojalá existiese un mundo más bonito, donde el aire oliese a jazmín y no a aceite refrito”.



Un día, una burbuja gigante bajó del cielo, se coló por la ventana y los atrapó en su interior.

Ninguno de los tres se asustó porque **adentro se estaba muy a gusto**; sobre todo en los sofás acolchados que, curiosamente, eran invisibles.

....

Tan cómodos se encontraban, que como la burbuja subía y subía y el viaje no parecía tener fin, acabaron por quedarse dormidos.



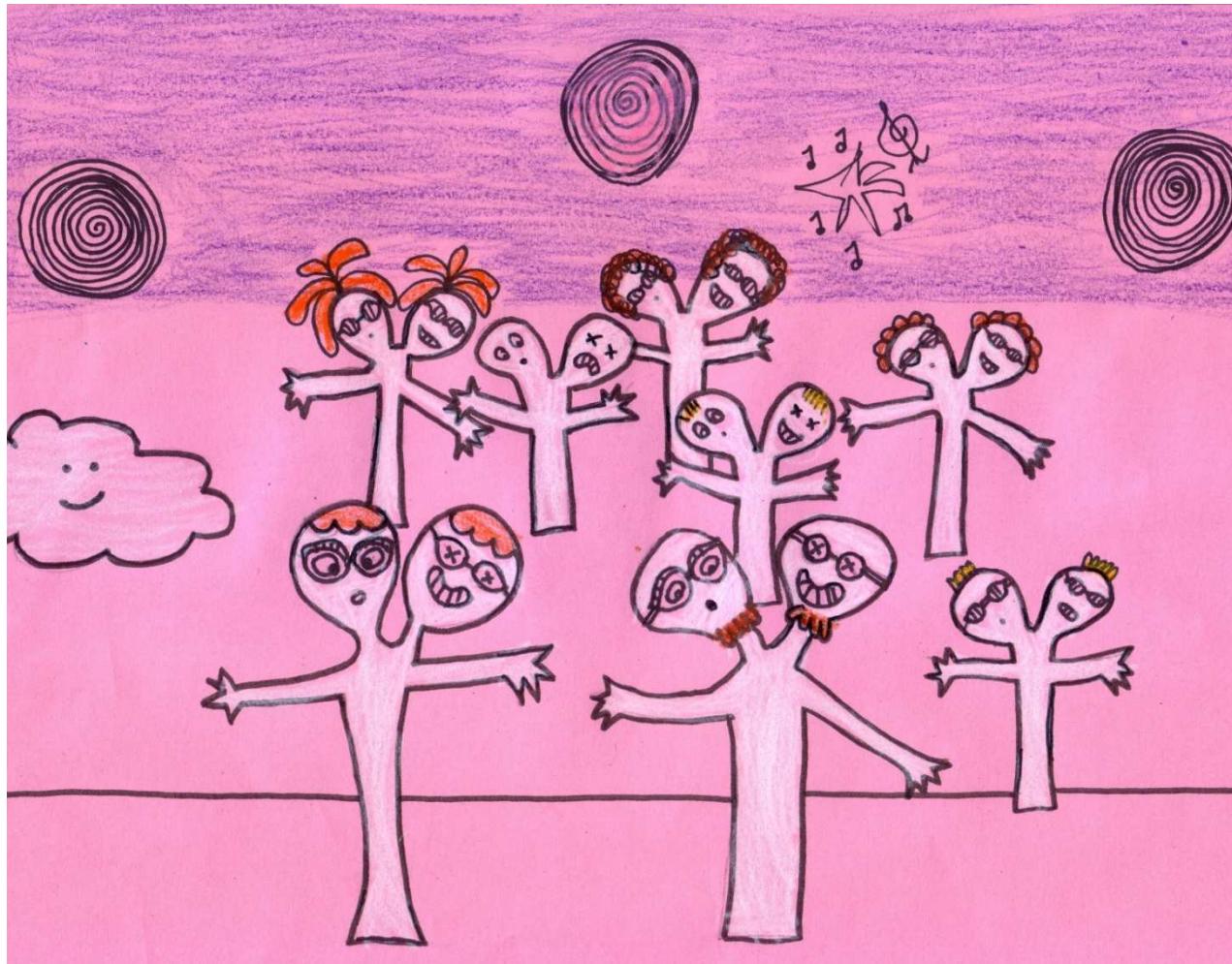
Se despertaron cuando la burbuja estalló, y en lugar de hacer un ruido estrepitoso sonó una dulce melodía. Al salir lo primero que sintieron fue un intenso olor a flores.



“**¿Qué es eso?**”, preguntó M.A. “Son jazmines”, respondió la mamá con los ojos abiertos como platos.

En seguida se dieron cuenta de que todo era diferente. No hacia ni frío ni calor, sino todo lo contrario. El cielo era violeta. El viento les hacia cosquillas. Y se sentían mucho más ligeros, tanto que temieron salir flotando, así que se agarraron de la mano.

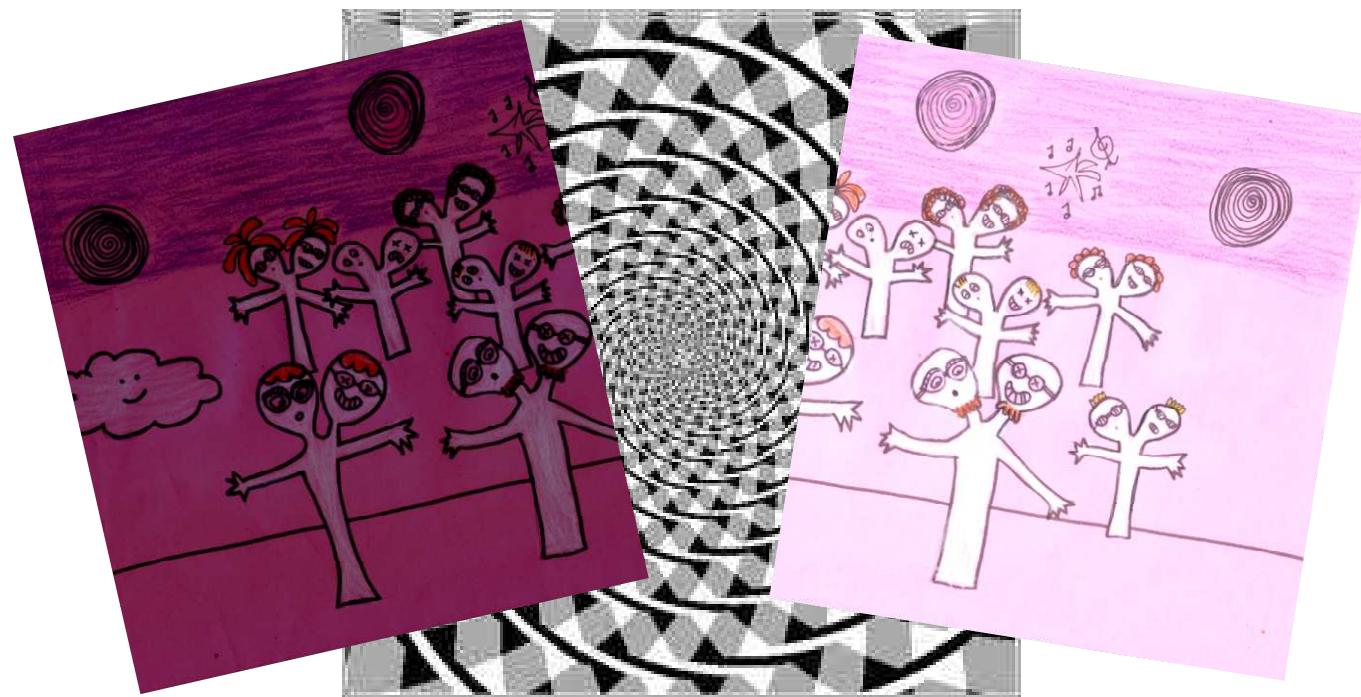
Aunque al principio no había nadie, pronto comenzaron a llegar unos seres muy raros. Eran blancos como la cal, tenían una sola pierna y dos cabezas (cada una con sus correspondientes gafas a rayas).



Uno de ellos se les acercó y su cabeza derecha comenzó a hablar: Bienvenidos, ¡en qué podemos ayudaros?".

La mamá no se enteró de la pregunta porque no podían dejar de observar la cabeza izquierda de aquel personaje, que sonreía de oreja a oreja, dando a entender que estaba muy contento con su llegada.

M.A. si se enteró, y le confesó que tenía hambre. Acto seguido le enchufaron una manguera en la boca. Iba a gritar, diciendo: "No, ¿qué haces? ¡Eso es un asco!". Pero no dijo nada porque el líquido que salía por la manguera estaba delicioso, **sabía a fresas y melocotón**, y esas, bien lo sabía su madre, eran sus frutas favoritas.

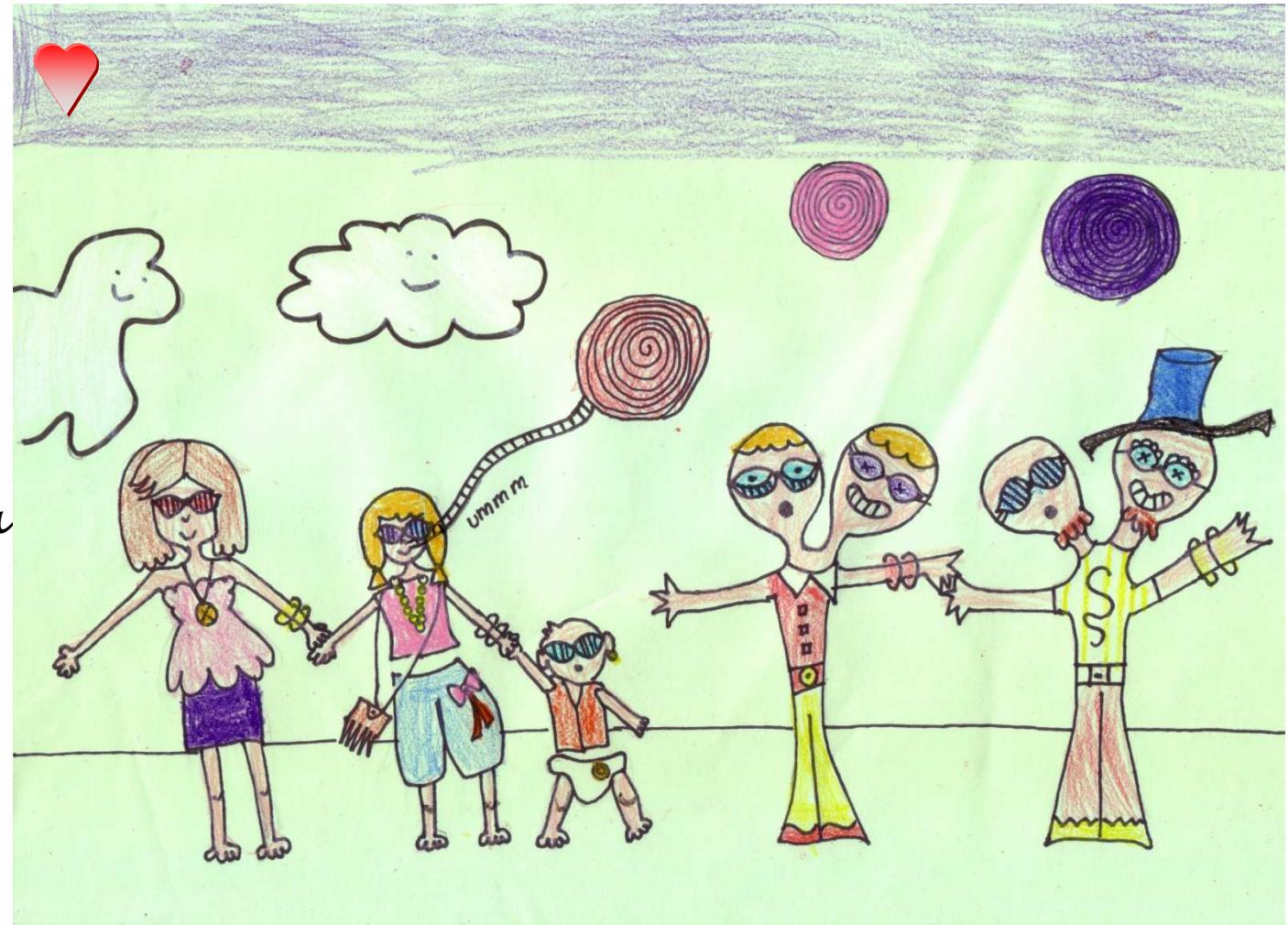


"¿Necesitáis algo más?", preguntó otro de los seres. "Sí, necesitamos ropa", respondió la mamá, "estamos en pijama". "No os preocupéis", dijo su cabeza derecha, y **en lugar de darles ropa les colocó unas gafas**, al tiempo que su cabeza izquierda afirmaba dando a entender que estaba de acuerdo con el resultado.

Mamá miró a M.A., M.A. miró a R.J., y R.J. miró a mamá, y los tres comprobaron que sus pijamas habían desaparecido. Ahora tenían unas ropas muy chulas.

También los seres de dos cabezas habían dejado de ser blancos como la cal y estaban vestidos a la última moda.

Así fue como se enteraron de que en aquel planeta no era necesario vestirse.
¿Para qué perder el tiempo en eso si tenían unas magníficas gafas mágicas?



Pero.... No todo puede ser tan bonito en el cuento. Así que R.J., el hermano menor, se empeñó en que quería volver a la Tierra.



¿Pero qué te pasa?
le preguntó su
mamá, y también
su hermana.

“Nada, que yo
quiero mi biberón
de leche y se ha
quedado en casa”.
Y ni corto ni
perezoso **se montó**
en la burbuja y se
marchó sin decir
ni media palabra.

Ambas se abrazaron desconsoladas. “¿Qué haremos ahora?”, comentaron entre lágrimas. “¡Qué muchacho tan caprichoso!”, gritó uno de aquellos seres mientras su cabeza izquierda hacia un gesto de enfado. “No lloréis” dijo otro. “**Aquí no se lamenta nadie.** Lo que tenéis que hacer es ir a visitar al viejo Sabio”.



“**¿Alguien me presta un coche?**”, pidió la mamá, pensando que el viejo Sabio debía de vivir lejos porque por allí no se veía ninguna casa.

“**¿Qué es un coche?**”, preguntaron al unísono los extraños seres justo antes de esfumarse sin dejar rastro.



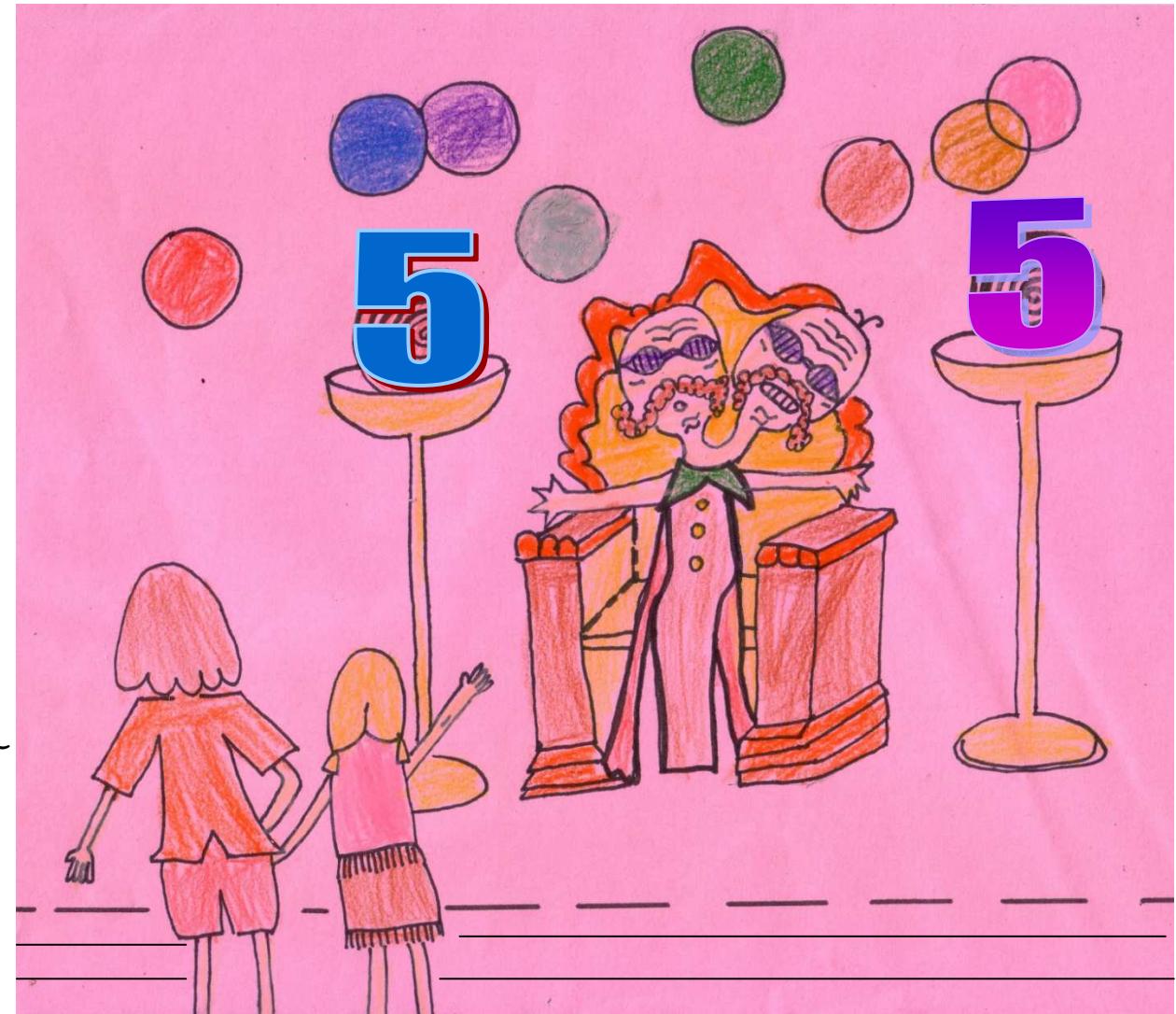
Se oyó un silbido.
“Subid”, les chilló
una nube con
forma de caballo.
“¿Qué?”, gritaron
ambas volviendo
la cabeza al
cielo.

“¡Que subáis,
saltad encima, ya
sabéis!”.

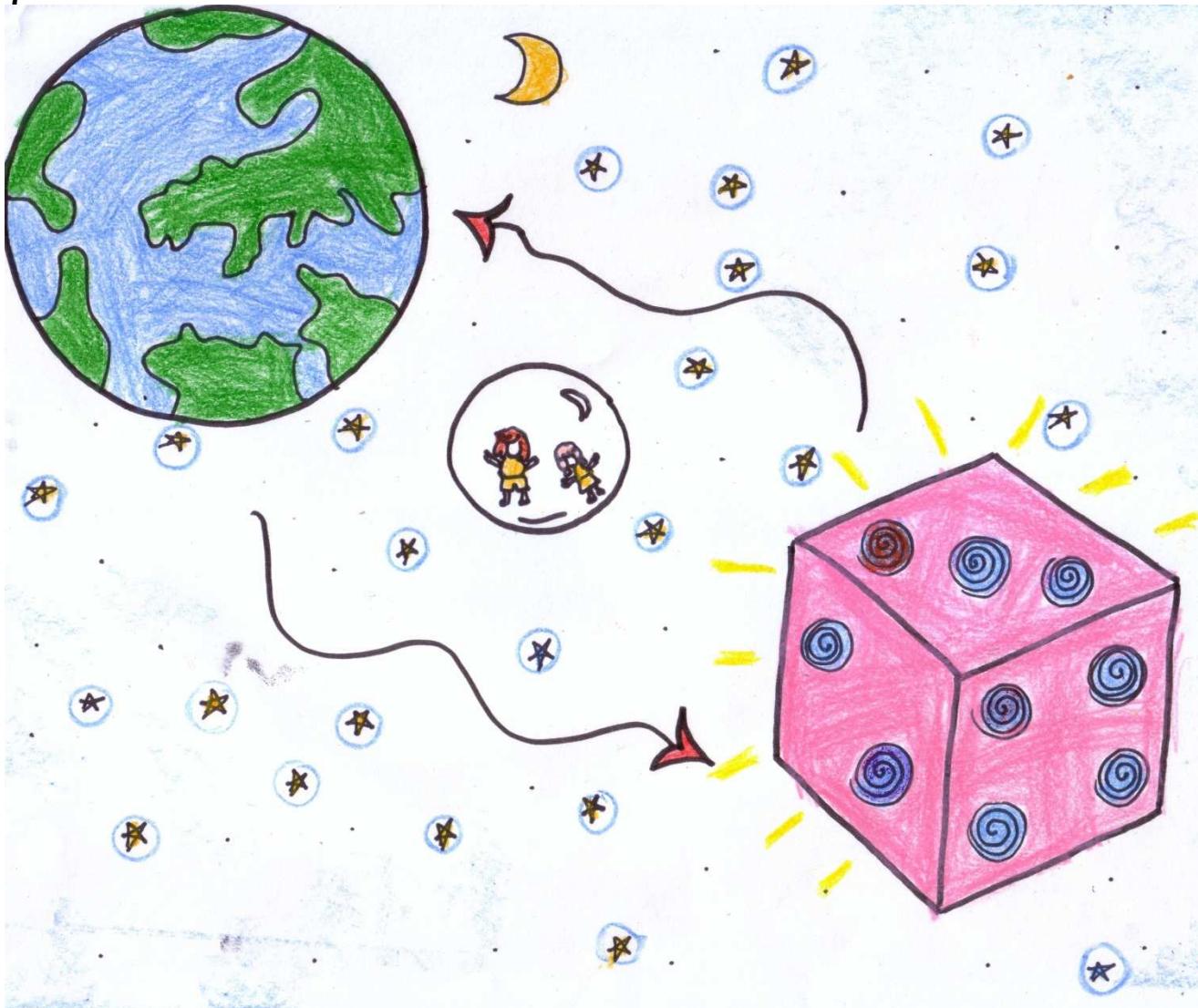
Ellas no sabían
nada, pero no
quisieron seguir
preguntando por
si la nube se
enojaba. Así que
cogidas de la
mano, pegaron
un gran salto y se
encaramaron a
su lomo.

En menos de un *plis plas*, estuvieron en la morada del viejo Sabio. Era igualito a los extraños seres solo que más arrugado. Ellas le explicaron el problema y él lo tuvo claro: “Debéis viajar a vuestro planeta y llevadle a R.J. algo que le convenza para regresar. Podéis coger cualquier cosa de este planeta, pero *solo* tendréis *5 oportunidades*”.

“¿Qué pasa si no lo conseguimos?”, quiso saber M.A. Pero se quedó sin respuesta porque el Sabio se durmió y no despertó por más que lo intentaron.



M.A. y mamá se pusieron manos a la obra. Encontraron una rosa de oro y se la llevaron con toda su esperanza. Y, aunque brillaba mucho, **R.J.** **dijo que ni hablar**, que no se movía de su querido planeta Tierra.



Así que la mamá y su hija regresaron en su burbuja al planeta con olor a jazmín y siguieron buscando. **Le llevaron un erizo sin púas, una guitarra flotante y un biberón gigante.** Nada le gustó. Y fíjate que el biberón parecía que iba a funcionar, pero cuando R.J. bebió lo que supuestamente era leche, pegó un respingo y exclamó: “¡No me gusta, sabe a melocotón y fresas!”

La mamá y M.A. empezaban a desesperarse. ¡Sólo les quedaba un intento! Pidieron ver de nuevo al viejo Sabio para que les diese más oportunidades, pues tenían miedo de gastar la última y no tener suerte. Pero el Sabio seguía durmiendo y parecía que su letargo iba para largo. Así que su ayudante les aconsejó que buscasen en la colina.

“¿Qué debemos buscar?”, preguntó la mamá. “Un árbol”, respondió él. “Y cuando lo encontremos, ¿Qué hacemos?”, consultó M.A. “Muy fácil,” anunció él como si fuese lo más natural del mundo: “Quitarle todas las hojas. Meterlas en una bolsa. Ponerlas al sol. Y esperar”.



Rápidas y audaces se subieron en una nube y **le pidieron que les llevase hasta la colina**. “¿Seguro que es esta?”, preguntaron una vez arriba. “Sí, claro”, contestó molesta, “no hay otra colina en este planeta”.

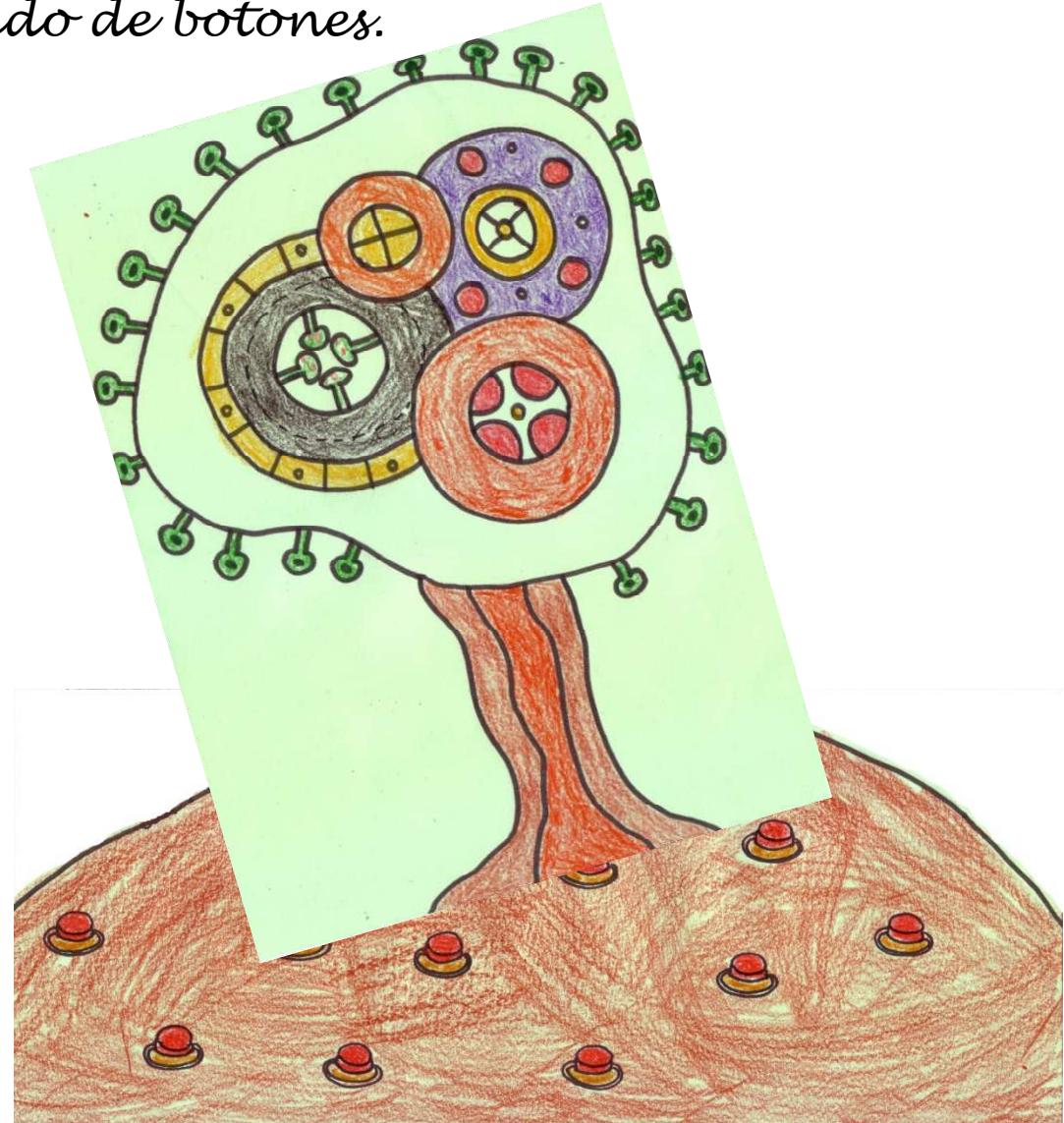
“Aquí no hay árboles...”, refunfuñó M.A. Pero la nube no pudo oírla porque ya se había marchado.

“¡Sí que lo hay!”, se escuchó una vocecita procedente del suelo. “¡Sí que lo hay!”, repitió la pequeña hormiga rosa.



M.A. subió la hormiga a la palma de su mano para escudarla mejor. Y esta les pidió que mirasen al suelo. Al hacerlo se dieron cuenta de que estaba plagado de botones.

“¿Para qué sirven esos botones?”, quiso saber M.A. “*Para sacar los árboles, ¿para qué si no?*”, contestó la hormiga muy resuelta. “Venga, pulsad el botón que queráis”, las animó. Y ellas pulsaron el botón más grande. Y de ahí surgió un tronco formidable, y sobre el tronco nació una frondosa copa, llenísima de hojas y ramas.



Empezaron a recolectar las hojas en una bolsa, tal y como le había explicado el ayudante del Sabio. Y, como estaban tardando mucho, **llamaron al viento para que las ayudase**. Y el viento sopló y de un soplido llenó la bolsa.



Entonces buscaron el sol para que secase las hojas. Pero el sol no estaba por ningún lado. **Ni rastro del enorme círculo amarillo**.

“¿Dónde se habrá metido el sol?”, se preguntaron en voz muy baja para que la hormiga no se riese de su ignorancia. Pero la hormiga tenía buen oído, y les reprendió: “¿Es que no lo veis? Está sobre vuestras cabezas, ¿dónde si no?”.

“¿Eso es el sol?” Sobre sus cabezas **solo había un corazón de esponja, rojo y cálido**. “Sí, claro que es el sol, ¿no veis sus rayos?” Y era cierto, despedía unos rayos rojos, rojos escarlata.

Justo entonces, mamá y M.A se miraron y se dijeron todo sin palabras. **El sol era la solución a sus plegarias**. El sol era el objeto que conseguiría convencer al cabezota de R.J. para que se quedara con ellas en ese planeta tan aromático.



Lloraron de felicidad. Y se secaron las lágrimas, y se sonaron la nariz y en lugar de mocos salió confeti, porque **así eran los mocos en aquel planeta**.

“¿Cómo atraparemos el sol?”

Dudaron un momento, pero enseguida lo tuvieron claro.
Construirían una red con las hojas del árbol.

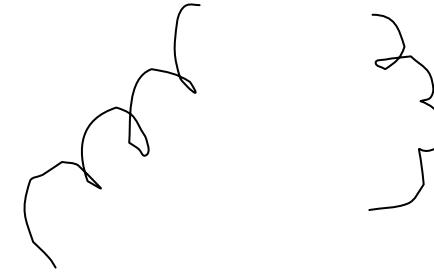


Una red de hojas que con ayuda de la hormiga y sus 19.999 hermanas estuvo lista en un periquete.

La mamá y M.A. se colocaron cada una en un extremo y *lanzaron la red al cielo con todas sus fuerzas.*

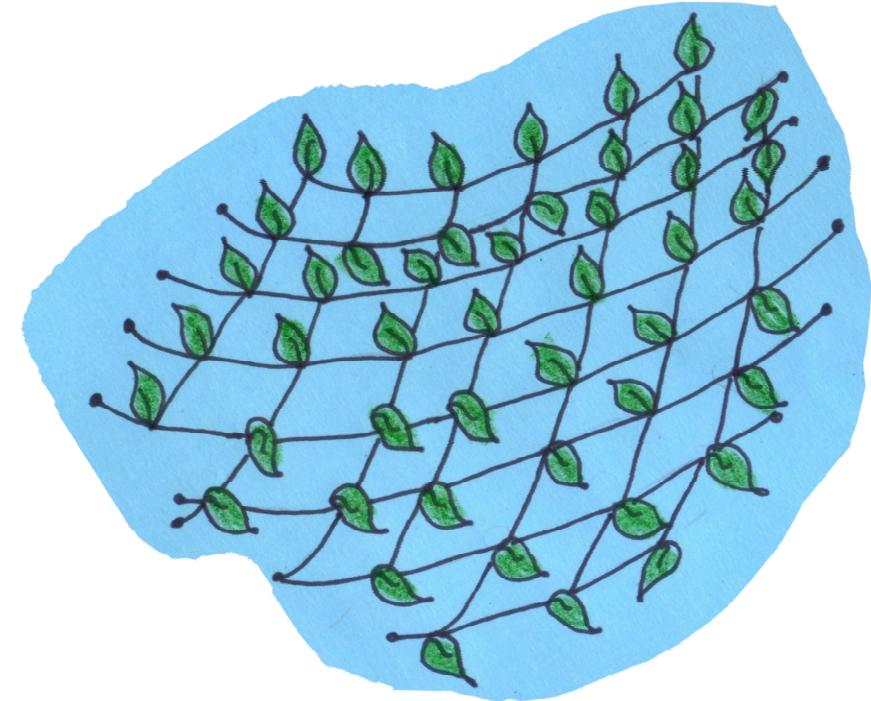


Y aunque subió muy alto, no llegó al sol.



Pidieron ayuda a las hormigas y entre todas tiraron la red de nuevo.

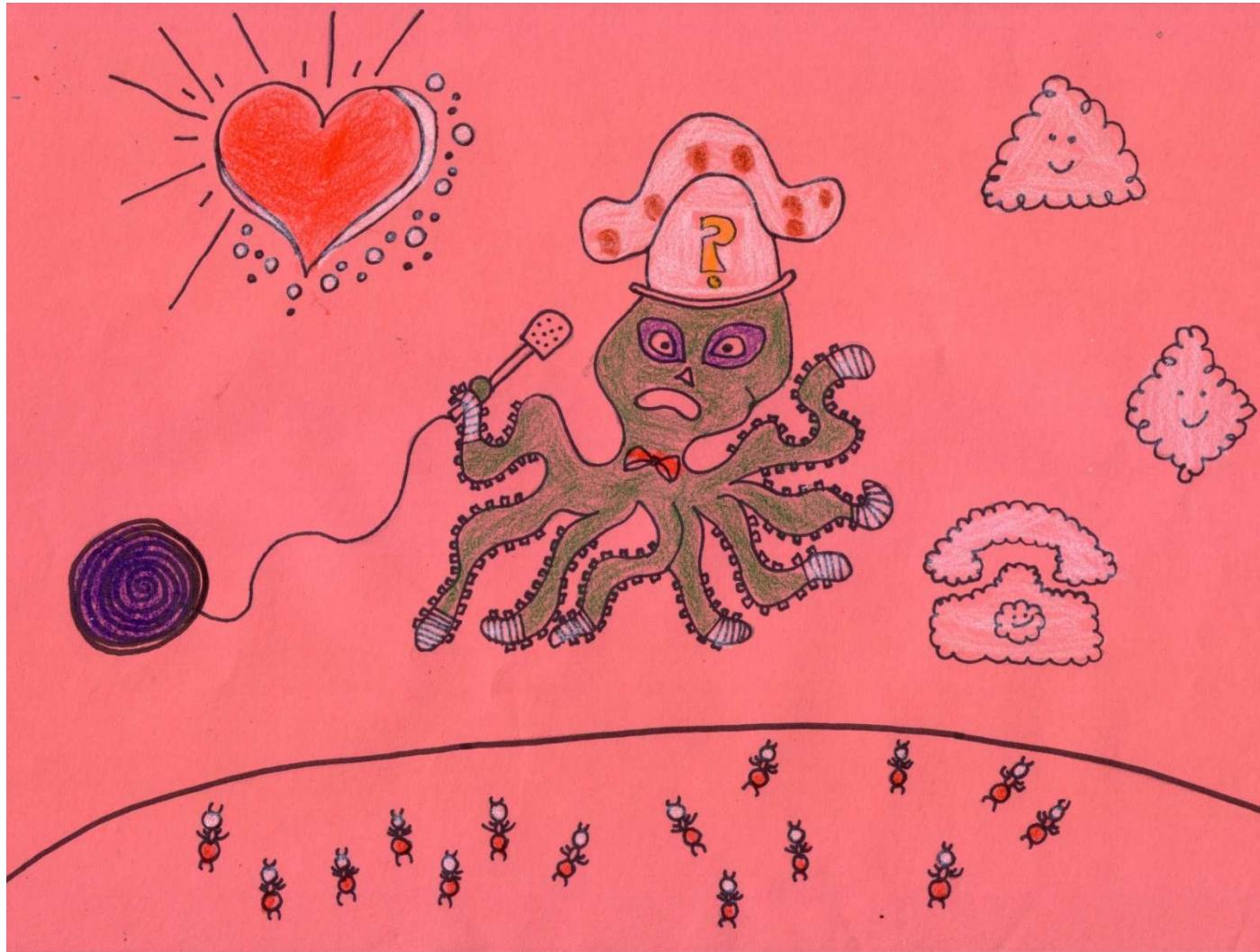
Y aunque subió muy muy alto tampoco llegó al sol.



Llamaron a los 20.000 novios de las hormigas, y entre todos tiraron la red.

Y aunque subió muy muy muy alto, tampoco llegó al sol. Ni siquiera se acercó. Porque el sol estaba muy muy muy muy muy muy lejos.

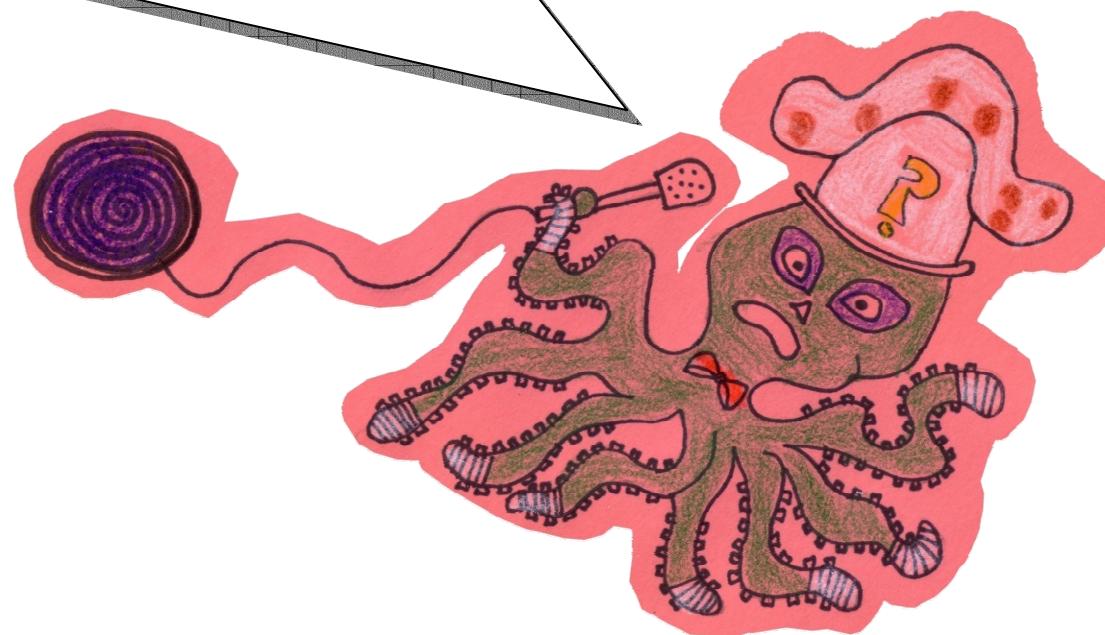
“Se cuál sea el problema, la solución está en mis patas”, anunció el pulpo de las soluciones.



Y la mamá y la hija se asustaron un poco porque nunca habían visto un pulpo tan grande, y mucho menos con las ocho patas vendadas.

“¡Bien, bien, bien! ¡El pulpo de las soluciones está aquí!”, corearon las hormigas de lo más alegres. “¿De qué va esto? ¿A qué se debe ese júbilo?”, quiso saber la mamá.

“En cada pie tengo escrita una solución, deslía la venda y léela”, tomó la voz cantante el pulpo gigante. “Si crees que esa solución es una chorrada, ponle un zapato al pie. Si crees que esa solución es la atinada deja el pie descalzo. Si has acertado lo sabrás, y muy contento te pondrás”.



¿Y si fallamos?, consultó M.A. “Te llevarás un chichón y un zapatazo”, le contestó el pulpo dándose en el pecho tremendo golpetazo.

Apresuradas por cazar el sol de corazón, la mamá y la hija comenzaron a quitar vendas.



1. “Usa un **tirachinas**”, decía el primer pie. No les gustó y le calzaron un zapato de tacón.
2. “**Sopla fuerte** para que la red suba más alto”. “!No, no, esta no es!”, cantaron al compás y taparon el segundo pie con un zapato de escalar.
3. “**Llama** al sol y vendrá”. Demasiado fácil, una chancla verde para ese pie rebelde.
4. “Utiliza un **cazamariposas**”. Ni hablar, el pie no se queda sin tapar. Una bota de cuero y a callar.
5. “**Cántale** una canción romántica”. No, zapato azul y seguimos probando.
6. “**Haz el pino** con las orejas”. Pie tapado sin dudar con una bonita bota de patinar.
7. “Sube en una **nube** y lo alcanzarás”. “¡Esa es! dijo M.A”. “Espera...”, la contuvo la mamá. “Destapemos antes la última pata”.
8. “**Concentraros** y desearlo con fuerza, juntas lo conseguiréis”. “¡Qué tontería!”, opinó M.A. “Pues mira que a mí me parece buena”, musitó dubitativa la mamá.

Discutieron y discutieron, pero no se ponían de acuerdo, y para colmo se estaba haciendo de noche. Tenían que darse prisa o se marcharía el sol. Así que llegaron a la conclusión de que harían lo que decidiesen las hormigas.

“A ver amigas”, gritó M.A., subiéndose en un pedestal, “tenéis que ayudarnos”.



“Levantar la pata las que penséis que hay que subir en una nube, y levantad la antena las que penséis que hay que concentrarse”.

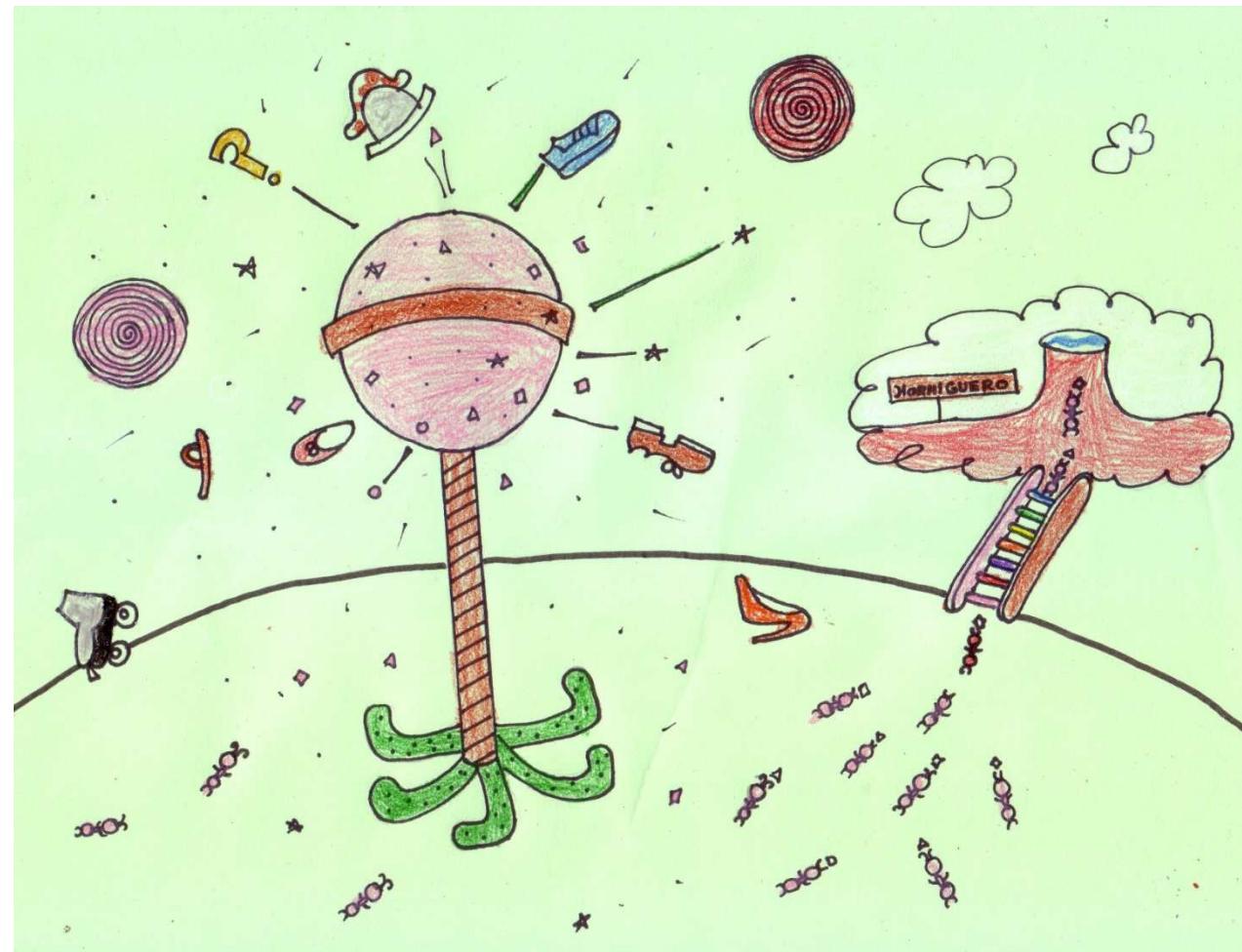
Trascurrieron varios minutos donde las hormigas se estuvieron quietas como estatuas, y luego el campo se llenó de antenas.



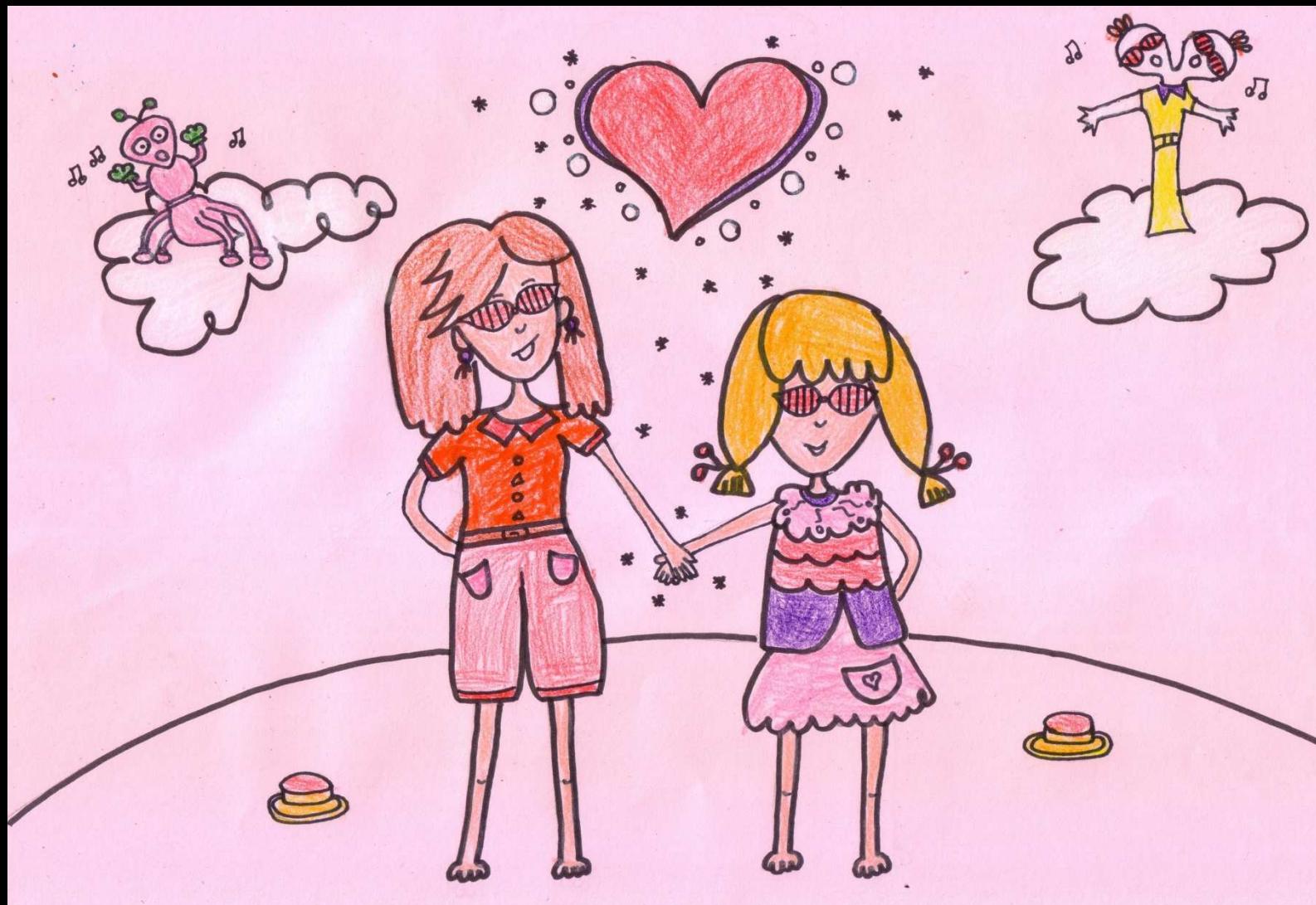
Justo en el momento en que M.A. daba la enhorabuena a su mamá por haber ganado en la votación. La cabeza del pulpo **se trasformó en un enorme caramelo de fresa y melocotón**, y se rompió en mil pedazos.

“¿Qué significa eso?”, atinó a preguntar M.A.

“Eso significa que habéis encontrado la solución adecuada”, confirmaron las hormigas, mientras recolectaban los trocitos de caramelo y se marchaban para su hormiguero, con una campante sonrisa en sus caritas triangulares.



Había que darse prisa. El corazón estaba empezando a desvanecerse en la oscuridad, así que la mamá y la hija se cogieron de las manos y con toda su energía desearon que el corazón no se marchase, es más, desearon que el corazón se fuese con ellas a la Tierra para poder convencer al testarudo R.J.



Poco a poco, el corazón fue bajando, y conforme bajaba se hacia más pequeño, y bajó tanto y se hizo tan pequeño que se metió en el bolsillo de M.A.

Entonces le pusieron al bolsillo siete cremalleras, un litro de cola y dos capas de celofán para que el corazón no se escapase.



Y muy contentas e ilusionadas se marcharon para la Tierra en su burbuja de esmeraldas.

“¿Qué me traéis esta vez?”, pregunta R.J. al verlas.

“Ya sabéis que no hay objeto alguno que pueda convencerme para abandonar mi planeta”.



“Eso es lo que tú piensas”, le rebatió M.A. con ojos de ensueño. “Te hemos traído el corazón más hermoso, el más luminoso, el más esponjoso...”, iba diciendo mientras abría las cremalleras, y despegaba el pegamento, y el adhesivo.

Pero..., horror, cuando metió la mano en el bolsillo no encontró nada. El corazón había huido.

“No puede ser. No puede ser”. Lloraban ambas mientras ponían de revés el bolsillo vacío. “Era nuestra última oportunidad y **la hemos desperdiciado**”. Siguieron llorando, ya sin buscar el corazón pues estaba claro que no iban a encontrarlo.

Fue ahí, justo ahí,
cuando los tres se
abrazaron. Sí, incluso
el cabezota de R.J. se
unió al abrazo. Y se
quisieron tanto, que
de sus pechos
florecieron tres
hermosos corazones,
más rojos, más
brillantes y más
esponjosos que el sol
del planeta con olor a
jazmín.



Y, entonces,
decidieron que
estarian los tres
unidos, en el
planeta Tierra o
en cualquier otro
planeta de la vía
láctea, ¡qué digo
de la vía láctea!
del universo
entero. Porque lo
único que
importaba era eso.

De hecho,
ninguna otra cosa
tenia la más
mínima
importancia.



